

VIERNES SANTO Ciclos “A, B y C”

Para comunidades de misión
(Celebración de la Palabra sin distribución de la comunión)

Preparación:

Cartel: “DIOS MÍO, DIOS MÍO, ¿POR QUÉ ME HAS ABANDONADO?”

Tener preparado:

- **Una cruz:** Tenerla tapada con una tela detrás de los asientos, cerca de la entrada
- **Dos velas**
- **De haber altar, mantenerlo sin mantel**

1. INICIO DE LA CELEBRACIÓN

Misionero o animador: La celebración de hoy comienza sin canto. Nos ponemos de rodillas, quien pueda hacerlo, de lo contrario, permanecerá de pie.

Jesús, nuestro Maestro y Señor ha sido detenido, torturado y condenado a muerte. Su amor sin reservas y su anuncio del amor del Padre, lo han conducido hasta aquí.

Nosotros no somos mejores que los que lo condenaron, somos, igual que los apóstoles, débiles y pecadores, pero gracias a su testimonio, hemos creído que de aquella cruz nace la vida. Por eso nos reunimos aquí, en silencio, para contemplar y rezar con toda nuestra fe y con todo agradecimiento.

Después de unos instantes de silencio, el misionero o animador se pone de pie e invita a hacerlo a los presentes.

Misionero o animador: En silencio, en la presencia de Dios, tomemos conciencia de nuestros pecados, que han causado la muerte de Jesucristo, el Hijo de Dios, en la cruz.

• ORACIÓN

Misionero o animador: Oremos

Padre nuestro misericordioso,
santifica y protege siempre esta familia tuya,
por cuya salvación derramó su Sangre
y Resucitó glorioso, Jesucristo, tu Hijo.

El cual vive y reina por los siglos de los siglos.

Todos: Amén.

2. LITURGIA DE LA PALABRA

Se exhorta a escuchar atentamente la Palabra que Dios nos dirige.

Misionero o animador: Nos preparamos para escuchar la Palabra que el Señor nos dirige hoy.

Desde los sufrimientos del Siervo de Yahvé, relatados en la primera lectura, hasta el relato de la Pasión de Cristo, narrada por san Juan en el Evangelio, nos recuerdan que la historia de nuestra salvación ha pasado por la prueba más grande de amor que Dios Padre nos ha dado, al enviarnos a su Hijo. Con su Muerte y Resurrección, Cristo nos ha salvado.

Escuchemos atentos estos relatos.

PRIMERA LECTURA

Lector 1: Lectura del libro del profeta Isaías. (52, 13-53, 12).

He aquí que mi siervo prosperará, será engrandecido y exaltado, será puesto en alto. Muchos se horrorizaron al verlo, porque estaba desfigurado su semblante, que no tenía ya aspecto de hombre; pero muchos pueblos se llenaron de asombro. Ante él los reyes cerrarán la boca, porque verán lo que nunca se les había contado y comprenderán lo que nunca se habían imaginado.

¿Quién habrá de creer lo que hemos anunciado? ¿A quién le revelará el poder del Señor? Creció en su presencia como planta débil, como una raíz en el desierto. No tenía gracia ni belleza. No vimos en él ningún aspecto atrayente; despreciado y rechazado por los hombres, varón de dolores, habituado al sufrimiento; como uno del cual se aparta la mirada, despreciado y desestimado.

Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo tuvimos por leproso, herido por Dios y humillado, traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Él soportó el castigo que nos trae la paz. Por sus llagas hemos sido curados.

Todos andábamos errantes como ovejas, cada uno siguiendo su camino, y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes. Cuando lo maltrataban, se humillaba y no abría la boca, como un cordero llevado a degollar; como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca.

Inicuamente y contra toda justicia se lo llevaron. ¿Quién se preocupó de su suerte? Lo arrancaron de la tierra de los vivos, lo hirieron de muerte por los pecados de mi pueblo, le dieron sepultura con los malhechores a la hora de su muerte, aunque no había cometido crímenes, ni hubo engaño en su boca.

El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento. Cuando entregue su vida como expiación, verá a sus descendientes, prolongará sus años y por medio de él prosperarán los designios del Señor. Por las fatigas de su alma, verá la luz y se saciará; con sus sufrimientos justificará mi siervo a muchos, cargando con los crímenes de ellos.

Por eso le daré una parte entre los grandes, y con los fuertes repartiré despojos, ya que indefenso se entregó a la muerte y fue contado entre los malhechores, cuando tomó sobre sí las culpas de todos e intercedió por los pecadores.

Palabra de Dios

Todos: Te alabamos Señor.

- **SALMO RESPONSORIAL. (30, 2.6. 12-13. 15-16. 17 y 25).**

R/. Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

A ti, Señor, me acojo,
que no quede yo nunca defraudado.
En tus manos encomiendo mi espíritu
y tú, mi Dios leal, me librarás. **R/.**

Se burlan de mí mis enemigos,
mis vecinos y parientes de mí se espantan,
los que me ven pasar huyen de mí.
Estoy en el olvido, como un muerto,
como un objeto tirado a la basura. **R/.**

Pero yo, Señor, en ti confío.
Tú eres mi Dios,
y en tus manos está mi destino.
Líbrame de los enemigos que me persiguen. **R/.**

Vuelve, Señor, tus ojos a tu siervo
y sálvame, por tu misericordia.
Sean fuertes y valientes de corazón,
ustedes, los que esperan en el Señor. **R/.**

- **SEGUNDA LECTURA**

Lector 2: Lectura de la carta a los hebreos. (4, 14-16; 5, 7-9).

Hermanos: Jesús, el Hijo de Dios, es nuestro sumo sacerdote, que ha entrado en el cielo. Mantengamos firme la profesión de nuestra fe. En efecto, no tenemos un sumo sacerdote que no sea capaz de compadecerse de nuestros sufrimientos, puesto que él mismo ha pasado por las mismas pruebas que nosotros, excepto el pecado. Acerquémonos, por lo tanto, con plena

confianza al trono de la gracia, para recibir misericordia, hallar la gracia y obtener ayuda en el momento oportuno.

Precisamente por eso, Cristo, durante su vida mortal, ofreció oraciones y súplicas, con poderoso clamor y lágrimas, a aquél que podía librarlo de la muerte, y fue escuchado por su piedad. A pesar de que era el Hijo, aprendió a obedecer padeciendo, y llegado a su perfección, se convirtió en la causa de la salvación eterna para todos los que lo obedecen.

Palabra de Dios.

Todos: Te alabamos Señor.

- **EVANGELIO**

Concluida la segunda lectura la asamblea se dispone para escuchar la lectura del Evangelio, la Pasión de nuestro Señor Jesucristo. Se pone en pie y el misionero o animador procede a la lectura. No comienza con el saludo, y después del anuncio de la lectura de la Pasión, el pueblo no responde “Gloria a ti, Señor”, y tampoco se persigna.

*Nota: Debe disponerse de tres lectores, que representan a los presentes en la crucifixión y que serían: **C:** Comentador, **Cruz:** Jesucristo, **S:** Sinagoga, que incluye las autoridades religiosas o civiles y el pueblo en general.*

**Misionero o animador: PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO SEGÚN SAN JUAN.
(18, 1-19. 4.).**

C. En aquel tiempo, salió Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto; allí entró él, y sus discípulos. También Judas, el traidor, conocía el lugar, porque muchas veces se había reunido allí Jesús con sus discípulos.

Entonces Judas cogió patrulla y unos guardias de los sumos sacerdotes y de los fariseos y llegó allí con faroles, antorchas y armas.

Jesús, entonces, consciente de todo lo que se le venía encima, salió y les dijo:

†. — ¿A quién buscan?

C. Le contestaron:

S. — A Jesús el Nazareno.

C. Les dijo Jesús:

†. — Yo soy.

C. También Judas, el traidor, estaba con ellos. Al decirles: “Yo soy”, se echaron atrás y cayeron a tierra.

Les preguntó de nuevo:

†. — ¿A quién buscan?

C. Ellos dijeron:

S. — A Jesús el Nazareno.

C. Replicó Jesús:

†. — Les he dicho que soy yo; si me buscan a mí, dejen que se vayan estos.

C. Así se cumplieron las palabras que había dicho: “De los que me entregaste, no he perdido a ninguno”.

Entonces, Simón Pedro, que llevaba una espada, la sacó, agredió al siervo del sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha. El siervo se llamaba Malco.

Jesús le dijo a Pedro:

†. — Mete la espada en su funda. El cáliz que me ha mandado beber el Padre, ¿no lo voy a beber?

C. Entonces, la patrulla, el tribuno y los guardias de los judíos prendieron a Jesús, lo ataron y lo condujeron primero a presencia de Anás, porque era suegro de Caifás, que era sumo sacerdote aquel año. Era Caifás el que había dado a los judíos este consejo: “conviene que un solo hombre muera por el pueblo”.

Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. El discípulo era conocido al sumo sacerdote y entró junto con Jesús en el palacio del sumo sacerdote. Pedro, en cambio, se quedó junto a la puerta, afuera.

Salió entonces el otro discípulo, el conocido del sumo sacerdote; se lo dijo a la portera e hizo entrar a Pedro.

La portera dijo entonces a Pedro:

S. — ¿No eres tú también discípulo de ese hombre?

C. Él dijo:

S. — No lo soy.

C. Se habían quedado allí los criados y los guardias, que, como hacía frío, tenían encendidas unas brasas, y se calentaban. Estaba también Pedro con ellos, allí parado y calentándose.

Entonces, el sumo sacerdote interrogó a Jesús acerca de sus discípulos y de su doctrina. Jesús le contestó:

†. — Yo he hablado públicamente a todo el mundo; yo siempre he enseñado en reuniones y en el templo, donde todos los judíos acuden, y no he dicho nada a escondidas. ¿Por qué me

preguntas a mí? Pregunta a los que estuvieron escuchando de qué les he hablado. Ahí los tienes, ellos saben lo que he dicho.

C. Apenas dijo esto, uno de los guardias que estaba allí dio una bofetada a Jesús, diciendo:

S. — ¿Así le contestas al sumo sacerdote?

C. Le replicó Jesús:

†. — Si he faltado en el hablar, muestra en qué he faltado; pero, si he hablado como se debe, ¿por qué me pegas?

C. Entonces Anás lo mandó atado a Caifás, el sumo sacerdote.

Simón Pedro estaba allí parado calentándose. Le dijeron entonces

S. — ¿No eres tú también de sus discípulos?

C. Él lo negó él diciendo:

S. — No lo soy.

C. Uno de los criados del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro le cortó la oreja, le dijo:

S. — ¿No te he visto yo en el huerto con él?

C. De nuevo negó Pedro, y en seguida cantó un gallo.

De la casa de Caifás llevaron a Jesús al pretorio. Era el amanecer. Ellos no entraron en el pretorio para no contaminarse y poder así comer la Pascua.

Salió entonces Pilato afuera donde estaban ellos y dijo:

S. — ¿Qué acusación presentan contra este hombre?

C. Ellos le respondieron:

S. — Si éste no fuera un malhechor, no te lo entregaríamos.

C. Pilato replicó:

S. — Llévanselo ustedes y júzguenlo según su Ley.

C. Los judíos le dijeron:

S. — Nosotros no podemos dar muerte a nadie.

C. Así se cumpliría lo que había dicho Jesús cuando indicó de qué muerte iba a morir.

Entró de nuevo Pilato en el pretorio, llamó a Jesús y le preguntó

S. — ¿Tú eres el rey de los judíos?

C. Contestó Jesús:

†. — ¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?

C. Replicó Pilato:

S. — ¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?

C. Contestó Jesús:

†. — Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo mis propios guardias habrían luchado para impedir que no cayera en manos de los judíos. Pro mi reino no es de este mundo.

C. Le preguntó entonces Pilato:

S. — Entonces ¿tú eres rey?

C. Contestó Jesús:

†. — Tú lo has dicho, yo soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio en favor de la verdad. Todo el que pertenece a la verdad escucha mi voz.

C. Le dijo Pilato:

S. — ¿Y qué es la verdad?

C. Dicho esto, Pilato volvió a salir donde estaban los judíos y les dijo:

S. — Yo no encuentro ningún delito en él. Pero es costumbre entre ustedes que por la Pascua ponga a uno en libertad. ¿Quieren que les suelte al Rey de los judíos?

C. Ellos volvieron a gritar diciendo:

S. — ¡A ése, no; a Barrabás!

C. El tal Barrabás era un bandido.

Pilato entonces tomó a Jesús y mandó azotarle. Los soldados trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza y le vistieron un manto de púrpura; y, acercándose a él, le decían:

S. — Salve, Rey de los judíos.

C. Y le daban bofetadas.

Volvió a salir Pilato y les dijo:

S. — Miren, lo saco afuera para que sepan que no encuentro ningún delito en él.

C. Salió entonces Jesús afuera llevando la corona de espinas y el manto de púrpura.

Pilato les dijo:

S. — Aquí tienen al hombre.

C. Cuando lo vieron los sumos sacerdotes y los guardias, gritaron:

S. — ¡Crucifícalo, crucifícalo!

C. Les dijo Pilato:

S. — Llévenselo ustedes y crucifiquenlo, porque yo no encuentro ningún delito en él.

C. Los judíos le replicaron:

S. — Nosotros tenemos una Ley y según esa Ley debe morir, porque se ha declarado Hijo de Dios.

C. Cuando oyó Pilato estas palabras, se asustó aún más. Entró de nuevo en el pretorio y preguntó a Jesús:

S. — ¿De dónde eres tú?

Pero Jesús no le dio respuesta. Entonces le dijo Pilato:

S. — ¿Te niegas a hablarme a mí? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y autoridad para crucificarte?

C. Le replicó Jesús:

†. — No tendrías ninguna autoridad sobre mí si Dios no te la hubiera dado. Por eso, el que me ha entregado a ti tiene un pecado mayor.

C. Desde aquel momento Pilato trataba de soltarlo, pero los judíos gritaban:

S. — Si sueltas a ése, no eres amigo del César. Todo el que se declara rey está contra el César.

C. Al oír Pilato aquellas palabras, sacó afuera a Jesús. Lo sentó en el tribunal, en un lugar que llamaban “el Enlosado”, en hebreo Gábbata. Era el día de la preparación de la Pascua; era alrededor del mediodía. Dijo a los judíos:

S. — Aquí tienen a su rey.

C. Ellos entonces empezaron a dar gritos:

S. — ¡Fuera, fuera! ¡Crucifícalo!

C. Pilato les dijo:

S. — ¿A su rey voy a crucificar?

C. Replicaron los sumos sacerdotes:

S. — No tenemos más rey que el César.

C. Entonces, al fin, se lo entregó a ellos para que lo crucificaran.

Tomaron a Jesús, y él cargando con la cruz, salió hacia el lugar llamado Calvario, que en hebreo se llama Gólgota, y allí lo crucificaron y con él a otros dos, uno a cada lado, y Jesús en medio.

Pilato escribió un letrero y lo puso encima de la cruz; en él estaba escrito: “Jesús el Nazareno, el rey de los judíos”.

Este letrero lo leyeron muchos judíos, porque estaba cerca el lugar donde fue crucificado Jesús. Y estaba escrito en hebreo, latín y griego.

Entonces los sumos sacerdotes de los judíos dijeron a Pilato:

S. — No escribas: “El rey de los judíos”, sino: “Este ha dicho: Soy rey de los judíos”.

C. Pilato les contestó:

S. — Lo escrito, escrito está.

C. Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, cogieron su ropa y lo hicieron cuatro partes, una parte para cada soldado; y apartaron la túnica que no tenía costura, estaba tejida toda de una pieza de arriba a abajo.

Se dijeron unos a otros:

S. — No la rompamos, echémosla a suerte a ver a quién le toca.

C. Así se cumplió aquel pasaje: “Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica”. Fueron los soldados quienes hicieron esto.

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena.

Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dijo a su madre:

†. — Mujer, ahí tienes a tu hijo.

C. Luego dice al discípulo:

†. — Ahí tienes a tu madre.

C. Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa.

Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo había llegado a su término, para que se cumpliera la Escritura, dijo:

✝. — Tengo sed

C. Había allí un jarro lleno de vinagre y sujetando a una caña de hisopo una esponja empapada con el vinagre, se la acercaron a la boca, cuando Jesús tomó el vinagre, dijo:

✝. — Está cumplido.

C. E inclinando la cabeza, entregó el Espíritu.

Los judíos, como era el día de la Preparación, para que no quedasen los cuerpos en la cruz el sábado - porque aquel sábado era muy solemne - rogaron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran.

Fueron los soldados les quebraron las piernas del primero y luego al otro que habían crucificado con él. Pero al llegar a Jesús, como lo vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice la verdad, para que también ustedes crean. Esto sucedió para que se cumpliera la Escritura: “No le quebrarán un hueso”. Y en otro lugar la Escritura dice: “Mirarán al que traspasaron”.

Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque en secreto por miedo a los judíos, pidió a Pilato que le dejara llevarse el cuerpo de Jesús. Pilato se lo concedió. Él fue entonces y se llevó el cuerpo. Fue también Nicodemo - aquel que anteriormente había ido a verlo de noche - y trajo unas cien libras de una mezcla de mirra y áloe.

Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en vendas con los aromas, según la costumbre judía de sepultar.

En el lugar donde había sido crucificado había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el que nadie todavía había sido enterrado. Y como para los judíos era el día de la Preparación y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús.

Palabra del Señor.

Todos: Gloria a ti, Señor Jesús.

Al concluir la lectura del Evangelio de la Pasión, se comparten ideas y vivencias suscitadas por la Palabra de Dios que fue escuchada. A continuación, se ofrece una reflexión como apoyo.

- **REFLEXIÓN SOBRE LA PALABRA**

Hermanos: Escuchar una vez más la narración de la Pasión del Señor, nos estremece nuevamente. Es que es impresionante lo que Jesús ha sufrido en su Pasión. Algunos estudios que han realizado los científicos sobre la Sábana Santa que cubrió el Cuerpo de Jesús

crucificado para darle sepultura, nos precisan los cientos de azotes o latigazos que recibió y las grandes llagas producidas, no sólo por los clavos, sino también por el peso de la cruz.

Sin embargo, lo más importante no son los dolores del cuerpo que Jesús sufrió, lo importante es descubrir el amor que le dio fortaleza y paciencia para sobrellevar la terrible tortura de la cruz. Por eso tenemos que lograr que la Pasión del Señor nos toque la conciencia y el corazón, para que cambiemos de vida. San Pablo nos invita a *“tener los mismos sentimientos de Cristo”*.

Hoy, Viernes Santo, las lecturas nos vuelven a hablar del Siervo de Yahvéh, que aparece en los textos del profeta Isaías y que quiere decir Siervo de Dios. Este Siervo de Dios es Jesucristo. Recordemos que todo esto fue escrito cientos de años antes del nacimiento de Jesús y ya desde entonces se nos está anunciando todo eso.

Estos cantos hablan de un siervo sufriente, o sea que debe sufrir mucho para salvar a los hombres. Él carga con todo el odio, la violencia, el egoísmo y la infidelidad de los hombres, para regenerarlos y que puedan participar del amor de Dios. En esos cantos, como vemos en la primera lectura, encontramos frases como *“con sus llagas nos curó”, “llevaba nuestros dolores”, “eran nuestras rebeliones las que lo traspasaban”,* etc., cosas todas éstas por las que debía pasar Jesús, porque, como también dice la primera lectura, el Siervo de Yahvé carga sobre sí no sólo sus propios dolores, sino que *“llevaba nuestros dolores, soportaba nuestros sufrimientos”*.

Y todo el relato de la Pasión de nuestro Señor Jesucristo, deja bien claro que todo ese sufrimiento lo aceptó voluntariamente por nosotros, para salvarnos del pecado y la muerte eterna. Habla del amor solidario de Jesús para con los hombres: *“Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, llevó su amor hasta el fin”*.

En Getsemaní, en el camino hacia el Calvario y en la cumbre del Gólgota, Jesús sufre haciendo suyos nuestros sufrimientos, nuestras angustias, nuestra agonía y nuestra muerte. Sufre asumiendo nuestros pecados, todos y de todos sin excepción, pecados que son la causa originaria y radical de todo el humano sufrir.

Jesús sufre, sufre mucho. Sufre, ante todo, el hombre que es Jesús. Es su carne la que suda sangre en Getsemaní, es su sangre la que se desliza por su cuerpo a causa de los latigazos, de los clavos, y por ser coronado de espinas. Es su honor el que sufre al ser abofeteado, y cuando en su agonía es objeto de burla por parte de los soldados.

Pero no solo sufre Jesús como hombre, sufre también como sumo sacerdote, El sumo sacerdote de la antigua alianza ponía los pecados del pueblo sobre un cordero, el día que correspondía y que se llamaba día de la expiación. La segunda lectura señala que Cristo, sacerdote sumo de la nueva alianza, pone los pecados, no sobre un cordero, sino sobre Él mismo, los lleva consigo a la cruz, los lava con su sangre y los destruye con el fuego de su amor misericordioso.

Sufre también como Siervo de Yahvé, que representa al nuevo pueblo de Israel que es la Iglesia de Cristo. Todos los pecados de los cristianos están presentes en la Pasión de Cristo. Y todos ellos quedan perdonados por los méritos del Crucificado.

Y sufre, finalmente, el Hijo del Dios vivo, porque es Dios mismo el que sufre. De aquí, y sólo de aquí, viene la posibilidad y la eficacia de su sufrimiento, el valor universal y salvador de todo su sufrimiento.

Por otra parte, Cristo, con su Pasión y Muerte, nos ha hecho hermanos suyos y hermanos de todos, porque nos hizo hijos de Dios. Y entonces, Jesús, que es Hijo de Dios, es el hermano universal, porque, como ya vimos, es hermano de todos los hombres a quienes hizo también hijos de Dios.

Es justo, y honra a todo cristiano, el dar gracias, este Viernes Santo, al Crucificado, al Hijo de Dios, que se ha hecho esclavo, para que al hombre no se le olvide estar llamado a ser plenamente hombre. Gracias, porque has querido sufrir por nosotros hasta no parecer hombre y no tener aspecto humano; gracias, porque elegiste ser abrumado de dolores y familiarizado con el sufrimiento para que sintiéramos tu presencia en los nuestros. Gracias, porque con tu cruz has redimido al mundo.

Sufrir es algo natural en las personas. Y el Viernes Santo nos enseña cómo sufrir. Es para los cristianos, y para todo ser humano, una escuela del dolor. El Viernes Santo aprendemos a sufrir en silencio, con Jesús, y como Jesús.

El Viernes Santo se nos enseña a perdonar al que nos ha hecho mal, a orar por el que se burla de nosotros y es causa de nuestro dolor. ¡Qué gran lección!

Por todo esto que hemos estado reflexionando es que tenemos que tener confianza en Cristo. Confianza porque ha venido no a ser servido sino a servir a todos los que lo necesitaban, y a dar su vida para rescate de muchos; porque es un hermano, el hermano universal, y porque es un sumo sacerdote que nos comprende, porque aprendió sufriendo lo que cuesta obedecer. Escuchemos con gozo y confianza la voz de Jesús que nos dice: *“Tengan confianza. Yo he vencido al mundo”*.

A nosotros no nos gusta sufrir, tenemos miedo al dolor, pero comprendamos que, si lo unimos a la Pasión de Cristo, también colaboramos en la salvación de la humanidad.

¿Alguna vez has ofrecido tus sufrimientos para participar del dolor del Señor y en el de nuestra Madre, María? Piénsalo, y a partir de hoy ofrécelo, y sentirás alivio en tu dolor y el Señor lo acogerá y lo unirá al suyo para la redención, -salvación-, del mundo y para tu crecimiento en la fe y unión con Él.

¿Alguna vez has ofrecido tu dolor al Señor, para unirlo a sus sufrimientos en la cruz? Si no lo has hecho, hazlo, con la certeza de que así colaboras con el Señor en su obra redentora, tus sufrimientos tendrán un sentido y te será mucho más fácil llevarlos.

3. ORACIÓN UNIVERSAL

Misionero o animador: Oremos ahora por las necesidades de la Iglesia y de la humanidad.

1. POR LA SANTA IGLESIA

Oremos, hermanos, por la Santa Iglesia de Dios, para que el Señor le conceda la paz y la unidad, la proteja en toda la tierra, y a todos los cristianos nos conceda una vida serena, para gloria de Dios. *(Todos oran en silencio un momento).*

Dios todopoderoso y eterno, que en Cristo manifiestas tu gloria a todas las naciones, vela solícito por tu Iglesia, que es la obra de tu amor, para que persevere en la proclamación de tu Palabra a todos los pueblos del mundo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos: Amén.

2. POR EL PAPA

Oremos también por nuestro Santo Padre el Papa (N), para que Dios, que lo llamó al orden episcopal, lo asista y proteja para bien de la Iglesia como guía del pueblo santo de Dios. *(Oración en silencio).*

Dios todopoderoso y eterno, cuya sabiduría gobierna todas las cosas: atiende bondadoso nuestras súplicas y protege al Papa, para que el pueblo cristiano, gobernado por ti bajo el cayado del Sumo Pontífice, progrese siempre en la fe. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos: Amén.

3. POR TODOS LOS MINISTROS Y POR LOS FIELES

Oremos también por nuestro Obispo (N), por todos los obispos, presbíteros y diáconos y por todos los miembros del pueblo santo de Dios. *(Oración en silencio).*

Dios todopoderoso y eterno, cuyo espíritu santifica y gobierna todo el cuerpo de la Iglesia; escucha las súplicas que te dirigimos por todos sus ministros, para que, con la ayuda de tu gracia, cada uno te sirva fielmente en la vocación a que le has llamado. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos: Amén.

4. POR LOS CATECÚMENOS

Oremos también por los (nuestros) catecúmenos, para que Dios nuestro Señor les ilumine interiormente, les abra con amor las puertas de la Iglesia, y así encuentren en el bautismo el perdón de sus pecados y la incorporación plena a Cristo, nuestro Señor. *(Oración en silencio).*

Dios todopoderoso y eterno, que haces fecunda a tu Iglesia dándole constantemente nuevos hijos; acrecienta la fe y la sabiduría de los (nuestros) catecúmenos, para que, al renacer en la fuente bautismal, sean contados entre los hijos de adopción. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos: Amén.

5. POR LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS

Oremos también por todos aquellos hermanos nuestros que creen en Cristo, para que Dios nuestro Señor asista y congrege en una sola Iglesia a cuantos viven de acuerdo con la verdad que han conocido. (*Oración en silencio*).

Dios todopoderoso y eterno, que vas reuniendo a tus hijos dispersos y velas por la unidad ya lograda: mira con amor a toda la grey que sigue a Cristo, para que la integridad de la fe y el vínculo de la caridad congrege en una sola Iglesia a los que consagró un solo bautismo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos: Amén.

6. POR LOS JUDÍOS

Oremos también por el pueblo judío, el primero a quien Dios habló desde antiguo por los profetas, para que el Señor acreciente en ellos el amor de su Nombre y la fidelidad a la Alianza que selló con sus padres. (*Oración en silencio*).

Dios todopoderoso y eterno, que confiaste tus promesas a Abrahám y su descendencia; escucha con piedad las súplicas de tu Iglesia, para que el pueblo de la primera Alianza llegue a conseguir en plenitud la redención. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos: Amén.

7. POR LOS QUE NO CREEN EN CRISTO

Oremos también por los que no creen en Cristo, para que, iluminados por el Espíritu Santo, encuentren también ellos el camino de la salvación. (*Oración en silencio*).

Dios todopoderoso y eterno, concede a quienes no creen en Cristo, que, viviendo con sinceridad ante ti, lleguen al conocimiento pleno de la verdad; y a nosotros concédenos también que, progresando en la caridad fraterna y en el deseo de conocerte más, seamos ante el mundo testigos más convincentes de tu amor. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos: Amén.

8. POR LOS QUE NO CREEN EN DIOS

Oremos también por los que no admiten a Dios, para que por la rectitud y sinceridad de su vida alcancen el premio de llegar a él. (*Oración en silencio*).

Dios todopoderoso y eterno, que creaste a todos los hombres para que te busquen, y, cuando te encuentren, descansen en ti; concédeles que, en medio de sus dificultades, los signos de tu amor y el testimonio de los creyentes les lleven al gozo de reconocerte como Dios y Padre de todos los hombres. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos: Amén.

9. POR LOS GOBERNANTES

Oremos también por los gobernantes de todas las naciones, para que Dios nuestro Señor, según sus designios, les guíe en sus pensamientos y decisiones hacia la paz y libertad de todos los hombres. (*Oración en silencio*).

Dios todopoderoso y eterno, que tienes en tus manos el destino de todos los hombres y los derechos de todos los pueblos; asiste a los que gobiernan, para que, por tu gracia, se logre en todas las naciones la paz, el desarrollo y la libertad religiosa de todos los hombres. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos: Amén.

10. POR LOS ATRIBULADOS

Oremos, hermanos, a Dios Padre todopoderoso, por todos los que en el mundo sufren las consecuencias del pecado, para que cure a los enfermos, dé alimento a los que padecen hambre, libere de la injusticia a los perseguidos, redima a los encarcelados, conceda volver a casa a los emigrantes y desterrados, proteja a los que viajan y dé la salvación a los moribundos. (*Oración en silencio*).

Dios todopoderoso y eterno, consuelo de los que lloran y fuerza de los que sufren, lleguen hasta ti las súplicas de quienes te invocan en su tribulación, para que sientan en sus adversidades la ayuda de tu misericordia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos: Amén.

4. ADORACIÓN DE LA CRUZ

Misionero o animador: Después de escuchar la narración de la Pasión del Señor y de haber orado por las necesidades de la Iglesia y de la humanidad, necesitamos dar gracias al Señor, que en una cruz nos ha salvado. Con amor adoramos esta cruz que en un tiempo fue signo de una muerte atroz, pero ahora es para nosotros el signo de un gran amor. También con amor la adoramos, porque en ella Dios dio su vida por salvarnos.

A continuación, el misionero o animador toma la cruz cubierta, que estaba al fondo del local o la capilla y la lleva hacia el frente, en medio de dos de los participantes que irán con velas encendidas. Se coloca con ella en el lugar central, de modo que todos puedan verla bien.

El misionero o el animador descubre el brazo derecho de Cristo, levanta la cruz y dice:

Misionero o animador: ¡Este es el árbol de la cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo!

Todos: ¡Vengan a adorarlo!

En un segundo momento, el misionero o animador descubre el otro brazo, y, finalmente, en un tercer momento, las piernas, repitiendo siempre la misma expresión, con la misma respuesta de todos.

Seguidamente, se coloca en un lugar donde todos los presentes puedan venir a adorarla, con los cirios a los lados. El misionero o animador empieza la adoración y entonces, todos los participantes se acercan y expresan su adoración haciendo una profunda inclinación o dando un beso a Cristo.

Cantos para la adoración: - *Tu cruz adoramos, Señor.* No. 280 del Cantoral Nacional.

- *¿Quién es este?* No. 278 del Cantoral Nacional.

Terminada la adoración, se coloca la cruz en el sitio principal con las dos velas.

- **ORACIÓN**

Misionero o animador:

Dios todopoderoso, rico en misericordia,
que nos has renovado con la gloriosa
Muerte y Resurrección de Jesucristo,
no dejes de tu mano
la obra que has comenzado en nosotros,
para que nuestra vida, por la comunión en este misterio,
se entregue con verdad a tu servicio.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos: Amén.

5. RITO DE CONCLUSIÓN

- **COMPROMISO**

Se exhorta para que cada persona haga un compromiso que debe cumplir durante la semana.

Misionero o animador: El compromiso de este día debe ser buscar tiempo para leer al menos parte de la Pasión de nuestro Señor Jesucristo, y meditar un rato sobre ella.

- **BENDICIÓN**

El misionero o animador invita para juntos pedir la bendición de Dios. Mientras dice las siguientes palabras, todos se santiguan.

Misionero o animador: El Señor nos bendiga, nos guarde de todo mal y nos lleve a la vida eterna.

Todos: Amén

6. REZO A LA VIRGEN

Si se considera oportuno puede terminarse la celebración también rezando a la Virgen María.

Misionero o animador: Concluimos nuestra celebración haciendo una oración a María, Madre de Jesús, Madre Dolorosa y Madre nuestra.

Todos: Dios te salve, María...

7. AVISOS Y DESPEDIDA

Se dan los avisos de la semana a la comunidad.

Canto final: *Canto al Siervo de Yahvé. No. 269 del Cantoral Nacional.*